

Antes de responder a esta pregunta, que después de algunos años de experiencia en tierra de misión nos parece de importancia capital, quisiéramos precisar el sentido que damos aquí a la palabra "educador".

Excluimos ante todo el sentido muy preciso y primario que da a los padres de niños menores el título de educador. En el mismo sentido se dirá que todo profesor es un educador. Se encuentra ante una tierra virgen que contiene en esperanza toda una serie de cualidades que es necesario ayudar a valorizar. En este sentido, el misionero que enseña en la escuela a los niños de corta edad es verdaderamente un educador, en el sentido obvio de la palabra. En el plano científico hay uno que lo da todo y otro que lo recibe todo. Pero en el plano humano no es así. En toda relación humana, aun la más aparentemente desigual, hay siempre una influencia mutua porque cada individuo es un ser autónomo. Y, por tanto, es evidente que tanto los padres como los profesores reciben ya algo de sus hijos o de sus alumnos. Con los hombres (y los niños ya son hombres) nunca se trata de un rebaño.

En el plano religioso, el misionero en tierra pagana aporta un descubrimiento más perfecto del verdadero Dios, y es uno de los canales transmisores de un don totalmente gratuito de Dios: la Fe. El misionero puede entonces ser calificado como un educador de la fe; pero en este caso preciso de la educación de la fe es necesario tener más presentes las observaciones del párrafo precedente, y esto por dos razones: la primera es justamente el hecho de que la fe es un don de Dios que el misionero ha recibido lo mismo que cualquier otro creyente y por el cual no tiene ningún mérito, y que el único verdadero educador de la fe, en el sentido pleno del término, es Dios, que se sirve de su ministro como un ministro y no como un maestro; y la segunda porque todo hombre, por muy atrasado que pueda parecer, recibe de Dios gérmenes de conocimiento y de amor que lo ponen en el camino de la fe y de la caridad teológica, y todo misionero debe saber, no sólo intelectualmente, sino también humildemente, que es posible que un adversario aparente sea en realidad más amigo de Dios que él mismo (1).

Precisado esto, cuando hablamos aquí de educación queremos insistir sobre un hecho de primera importancia: ninguna civilización o cultura tiene el monopolio de la verdad. Los antropólogos, en el lenguaje que les es propio, afirman lo mismo cuando dicen que "el concepto de cultura es un concepto relativo". Y esto es válido tanto para la civilización o cultura occidental, o blanca, como para otra cualquiera. En este sentido particular es necesario afirmar enérgicamente que el misionero nunca es un edu-

¿ES EL MISIONERO

JUAN FRANCISCO NOTHOMB

(Versión castellana de
LUIS R. OCANDO ORIA)

cador porque trata con hombres que tienen tras de sí todo un pasado, toda una cultura, toda una cosmovisión, todo un sistema religioso, político, social y económico. Es dentro de esta cosmovisión donde se ha desarrollado toda la historia de los hombres llamados "primitivos". Gracias a ella, estos hombres poseen, sobre los puntos esenciales de la vida humana, una cierta visión de sabiduría que muy a menudo falta en nuestros contemporáneos llamados "civilizados" (2).

Nunca se puede tratar a un hombre como un menor de edad. Es necesario reconocer claramente que ésta es la tentación permanente del hombre blanco, racista inconsciente, orgulloso de su ciencia y de sus realizaciones técnicas, orgulloso de toda su cultura y de su arte, orgulloso también del color de su piel. Ahora bien, el misionero, en la mayoría de los casos, es un hombre blanco (y si no lo es corre el riesgo, a causa de su formación intelectual, de haber adquirido numerosos reflejos).

Muy a menudo ciertas actitudes, ciertas palabras y, sobre todo, la misma manera de hablar de ciertos misioneros, llevan la marca de la conmiseración, de la lástima, que en último término son la señal de un cierto menosprecio o, al menos, de un evidente complejo de superioridad. ¡Cuántas veces hemos oído, de boca de misioneros, tanto hombres como mujeres, frases como éstas: "es necesario que ellos aprendan a valerse por sí mismos"; "es necesario educarlos"; "son holgazanes"; "tienen la conciencia deformada"; "razonan como niños"; "no son lógicos", o bien, simplemente, esta expresión típica: "estos pobres indios...!"

Esta manera de hablar denota una mentalidad corriente y poco cultivada, indigna, en todo caso, de un enviado de Jesucristo. Una lectura del Evangelio, aunque sea rápida, nos muestra al Salvador de los hombres tratando a cada hombre con un respeto infinito, sin imponerse jamás, buscando siempre ponerse al servicio de los hombres y, sobre todo, juzgando a cada hombre en su verdadero valor.

Nos atreveríamos a afirmar que los primitivos con los cuales vive el misionero son tan educadores de éste como él lo es de ellos. Entre adultos no puede haber nunca una donación en un solo sentido. El viejo ye'cuana de 75 años tiene una experiencia más extensa de la vida que yo, misionero de 45 años, a pesar de todo mi bagaje intelectual, técnico y religioso. Quizás él tiene más que enseñarme que lo que yo puedo darle. Finalmente, creemos poder afirmar que la educación mutua se realiza mucho más al nivel de la influencia recíproca de unos sobre otros, que en el de la búsqueda sistemática de convencer o en el de los discursos de la palabra. La vida y el ejemplo cuentan más que las palabras; o, mejor aún, las palabras no tienen ningún valor si falta la realidad del ejemplo viviente del que habla.

No es vano preguntarse si algunas de las ideas expresadas aquí sobre la educación tienen actualidad frente a la crisis de la educación escolar, tanto a nivel medio como a nivel universitario. Detrás de todas las dificultades de la agitación estudiantil hay una reacción justa y legítima. Nuestro sistema educacional no ha evolucionado al mismo ritmo que los descubrimientos de la psicología y de la sociología. El estudiante de hoy no quiere ser tratado como niño perpetuo; exactamente como en la crisis de autoridad entre generaciones, el joven adulto reclama ya sus derechos de ser autónomo e inteligente. Una mirada superficial pudiera hacer creer que los jóvenes no quieren seguir en la posición de recibir y que rechazan la autoridad. Pero si esto es cierto para una minoría, en general es falso. No es tanto la autoridad lo que está en tela de juicio como la forma de ejercerla; no es tanto la educación lo que se rechaza como la manera de concebirla. Todo estudiante sabe que debe aprender; pero quiere recibir lo que debe recibir de alguien que lo respeta y que se respeta, quiere que se le trate como una persona responsable.

UN EDUCADOR?

Personalmente siempre nos hemos sorprendido por la manera de educar los niños en este pequeño poblado yacuana, en donde vivimos desde hace siete años. Hay una cosa especialmente digna de ser destacada. Siempre se dirigen a un niño como a una persona, no como a una "persona mayor", lo cual sería estúpido, sino como a una persona que tiene ya 4 ó 5 ó 8 años, y que, por tanto, tiene ya una inteligencia despierta, capaz de comprender, no todo, pero sí ciertas cosas a su propio nivel, según su propio desarrollo intelectual y moral. Nunca se dice aquí una mentira piadosa a un niño, nunca se utiliza una frase para salir del paso en una explicación, nunca se da una respuesta evasiva y fácil del tipo de "eso no es para tu edad" o "tú lo sabrás más adelante" (3). Aquí el niño aprende desde la más tierna edad a desempeñar su papel de hombre o de mujer, a su nivel personal. No se siente nunca marginado de la vida del conjunto, aun cuando no se le pida su opinión. En nuestras sociedades modernas, tan evolucionadas, tan orgullosas de sus textos legales que afirman la dignidad inalienable de la persona, los estudiantes se sienten trágicamente separados de la vida política y social de su propio país. Esto es lo que se niegan a aceptar. ¿Es de ellos la culpa?

Fue en la tierra de Israel donde se encarnó Jesucristo según el designio insondable de Dios, que sabe mejor que nosotros lo que hace. El hecho de nacer hombre obliga a una localización, y Jesús fue verdadero hombre, aceptó toda nuestra condición, excepto el pecado. Era necesario, por tanto, que perteneciera a una raza particular. Pero su reino no es de este mundo y su predicación se extiende a todos los hombres, sin distinción. Enraizando en su pueblo, pues, Jesús es el hombre de todos. La Iglesia, por tanto, lleva el signo de una primera encarnación, la de la cultura mediterránea. No podía ser de otra manera. Pero ella también, como Jesús, debe hacerse

cada vez más universal. Sus enviados —entre los cuales los misioneros son los más privilegiados— deben, en la medida de lo posible, ser solamente transmisores de su mensaje de salvación y renunciar en cierto modo a ser también representantes de un país, de una raza y de una cultura.

Esto exige del misionero un esfuerzo constante. ¡Cuán difícil resulta no juzgar a los demás según nuestra propia experiencia! Es prácticamente imposible que en la predicación del Evangelio no se introduzcan elementos externos a él, que se imponen sobre las mentalidades simples y vírgenes. Y el misionero siempre sentirá la tentación de utilizar, con fines que él considera superiores, la salvación de las almas, muchos de esos elementos extraños, entre ellos principalmente el prestigio de su pretendida superioridad y, digámoslo también, el prestigio que cree tener por saberse portador de la verdadera fe.

"¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?" (I Cor. 4, 7). Como hombre, el misionero no tiene ninguna superioridad sobre aquellos con quienes vive. No, puede, por tanto, constituirse en su educador en este terreno. Esta es una verdad fundamental, absolutamente básica. Cada misionero tiene sus cualidades propias, como todo hombre, y como todo hombre debe ponerlas al servicio de los demás. Es esto lo que ejerce esa influencia recíproca, que en sí misma es profundamente educadora, que se realiza constantemente entre todos los seres que dialogan y viven en sociedad, sin saberlo, diría yo, y que tiene su plena efectividad cuando se establece un clima de confianza y de amistad. La única superioridad intrínseca del misionero es su fe en el verdadero Dios. Pero esta fe es un don absolutamente gratuito que el misionero debe llevar como una luz que no le pertenece. ¡Cuán difícil es ser testigo de la verdad absoluta! ¡Cuán fuerte es la tentación de atribuirse el mérito y derivar de ello un sentimiento de orgu-

llo, de vanidad! "Yo enseño la verdad", "yo poseo la verdad". Y no es así. Es la verdad la que me posee a mí, yo soy su humilde servidor, y generalmente su muy indigno servidor, porque si ella no ilumina a los hombres como debe hacerlo, es por causa mía, que soy un instrumento totalmente inadecuado, que en vez de transmitirla oculto la luz. Estar al servicio de Dios exige una humildad perfecta de sí mismo. A la medida de la perfección de la verdad, que es Dios mismo, mi humildad debe tender a ser cada día más evidente, frente a esta verdad singular.

No, el misionero no puede ser un educador. Aquellos con quienes él vive, por primitivos y atrasados que parezcan, no han esperado su venida para comenzar a vivir como hombres, para aprender, sufrir y amar. Ellos también tienen mucho que dar, aun en el plano religioso, porque Dios da Sus dones y Su gracia a quien El quiere, y no exclusivamente a los cristianos. El misionero debe ser un amigo que comparte con los demás, que da lo que posee y que está presto a recibir de los demás lo que él no posee todavía; que, sobre todo, está presto a dar gratuitamente lo que ha recibido gratuitamente. Sólo puede pretender ser un educador si acepta que los demás lo sean también para él.

(1) No olvidemos que el verdadero motivo de la misión de la Iglesia es el amor de todos los hombres que la impulsa, y el derecho a la verdad que posee inalienablemente todo hombre, cualquiera que sea. (Cf. I Corintios, 9, 16-17)

(2) "Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría. Debe advertirse a este respecto que muchas naciones económicamente pobres, pero ricas en esta sabiduría, pueden ofrecer a las demás una extraordinaria aportación." (Vaticano II, esquema 13, Nº 15, 3)

"¿Qué debe hacerse para que la intensificación de las relaciones entre las culturas, que debería llevar a un verdadero y fructuoso diálogo entre los diferentes grupos y naciones, no perturbe la vida de las comunidades, no eche por tierra la sabiduría de los antepasados ni ponga en peligro el genio propio de los pueblos?" (Gaudium et Spes, 56, 2)

(3) "La educación del niño es un despertar humano. Lo que es de la mayor importancia para los educadores mismos es el respetar el alma así como el cuerpo del niño, el tener el sentido de sus recursos internos y de las profundidades de su esencia, y una especie de atención amante y sagrada a su identidad misteriosa, que es una cosa oculta que ninguna técnica puede alcanzar. Lo que más cuenta en la empresa educativa es un llamado perpetuo a la inteligencia y a la voluntad libre del niño. Tal llamado, convenientemente proporcionado a la edad y a las circunstancias, puede y debe comenzar en las primeras etapas de la educación. Nada debe exigirse al niño sin que se le haya explicado al mismo tiempo y sin que se esté seguro de que haya comprendido." (J. Maritain, "Pour une Philosophie de l'Education", p. 25)